



SOCIOLOGIA DE LA LITERATURA Y COMPLEJO DE CLASE

Autor: Gianfranco Corsini
Traducción D. Cento

64

La diáspora de los Beatles parece no pertenecer a la problemática de una sociología de la literatura; pero una mirada a la solapa de la "Biografía Autorizada" de Hunter Davies puede ayudarnos a justificar su inclusión en un discurso que aprovecha el momento de la publicación de dos nuevos libros de Richard Hoggart, *About Society and About Literature*. Allí se leía en efecto: "La cultura popular que los Beatles representan, para bien o para mal, constituye en el momento actual una de las pocas formas de arte genuinamente creativas y vitales". Y parece indiscutible el "significado social" en la vida inglesa de los años sesenta, si seguimos los movimientos del capítulo VI del ya clásico *The Uses of Literacy* con el cual Hoggart apareció clamorosamente. Ocupándose de la "diversiones" de la clase obrera inglesa, apoyándose sobre "las canciones populares comerciales" de la época, Hoggart había observado que si sus temas y su cualidad hubieran sido considerados como una "guía del modo en la cual los obreros y el resto de la población viven y sienten realmente hoy en día, la situación habría llegado a un estado verdaderamente deprimente". El problema de la comercialización de todas las formas de diversión —libros, periódicos, música, etc.— aparecía ahora, a este estudioso de los "aspectos de la vida obrera" contemporánea, como un vasto y alarmante fenómeno de manipulación por arriba tendiente a la "degradación" de las masas.

Mucho se ha escrito después —y ya se había escrito

en los Estados Unidos— sobre este propósito; el debate sobre la "cultura de masa" hace tiempo estaba abierto, pero Hoggart lo insertaba vistosamente en la cultura inglesa. Un año después aparece *Culture and Society* de Raymond Williams, y se habría inaugurado aquella corriente que el *Times Literary Supplement* ha definido de los "sociolizers".

¿Pero quiénes eran estos intelectuales que comenzaban a demostrar "un nuevo tipo de conciencia social"? Eran, como los Beatles una nueva generación de hijos de la "clase obrera" que tomaban imprevistamente relieve introduciéndose entre las redes de la cultura inglesa tradicional: en el mismo modo de los Beatles que, después del breve reinado de Lonnie Donegan y de sus tocadores de "skiffle", revolucionaban en modo radical el carácter de la pop music, invadiendo por lo bajo no sólo el mecanismo comercial de los manipuladores de masas, sino también impregnando una parte del mismo mundo cultural. Los años del furor vienen recordados, ahora, como un episodio ya arcaico de la historia inglesa reciente; pero entre sus contradicciones y sus fallas hay un dato que, nos parece, no ha sido todavía adecuadamente tomado en consideración: la crisis que acometía a las clásicas estructuras de clase de la cultura inglesa, y en parte de la sociedad, en los años cincuenta. Un estudio sobre la configuración y la historia del establishment literario británico, a partir de los inicios del siglo pasado, ha sido intentado recientemente por John Gross en *The Rise and Fall of the Man of Letters*, mas se trata esencialmente de una galería de retratos individuales con raras y amenudo inadecuadas incursiones fuera del mundo periodístico o académico. De todos modos, el libro de Gross puede servir de contrapunto a quien quisiera tratar de avanzar ulteriormente sobre la vía trazada por las primeras investigaciones de Hoggart y Williams sobre las relaciones entre cultura y sociedad.

En este punto se presenta un problema que el *Times Literario* ha investigado con inaudita lucidez autocrítica: ¿Existen hoy en Inglaterra los instrumentos metodológicos adecuados para un trabajo igual? Los dos volúmenes de escritos ocasionales de

los últimos decenios presentados por Hoggart, en dos secciones respectivamente dedicadas a la "sociedad" y a la "literatura", justifican ampliamente la interrogante del Times, así como lo justificaría una relectura meditada de "Culture and Society" y del sucesivo "The Long Revolution". Estos escritos pertenecen, de hecho, a los "muchos ensayos irracionales" publicados en Inglaterra durante el último decenio, que revelan la falta de una "sociología dentro de la cual la problemática no sea formulada con la deliberada intención de evitar el problema de la lucha de clase". Además en estos críticos sociales, su "talento real, la investigación empírica, ha estado amenudo oscurecido por su relativo desinterés por otros campos" de investigación. En pocas palabras el tipo de "conciencia" característico de los "sociolizers" ingleses de los años cincuenta se ha revelado inadecuado al objetivo que ellos afirmaban lograr: un nuevo análisis social e intelectual de la Inglaterra contemporánea. Las razones históricas son felizmente recordadas por The Times: "El estudio de la dimensión social de la literatura en Gran Bretaña ha surgido de una tradición completamente distinta de la del continente que ha producido figuras como Lukacs, Sartre, o Gramsci y Walter Benjamin, y se ha desarrollado en sociología de la literatura sólo al final de los años cincuenta bajo la presión de la sociedad post-industrial. Cualquiera sean las razones, este retraso ha significado que, como disciplina seria, la sociología de la literatura carece de raíces históricas en la tradición inglesa. Tenía solamente una auto-proclamada modernidad, un consciente sentido de rotura con la historia que, por cuanto en aquel momento fueron necesarios, eran tal vez de dudosa utilidad. Y además tenía solo una vaga dimensión internacional".

Es característico, en este propósito, que hombres como Williams y Hoggart no hayan casi nunca utilizado ninguno de los vastos materiales americanos disponibles y tampoco aquellos europeos fundamentales, y golpea la escasez de alusiones a textos extranjeros en sus obras. Quizás McLuhan constituye para Hoggart una de las raras excepciones ocasionales a causa de una cierta sincronía de visión sobre los medios de comunicación de masas. Pero si pensamos que Williams ha escrito dos volúmenes de "Historia

Social" de la cultura inglesa sin hacer referencia jamás al sumamente difuso Hauser (que vive y publica en Inglaterra, y que por algo es el modelo más cercano a él), nos damos cuenta del clima enrarecido y provinciano en el cual aparecen enmarcadas sus investigaciones. Existe también la cuestión de fondo claramente investigada por el anónimo crítico de Times. Tanto Williams como Hoggart provienen de la "clase obrera" inglesa, pero sus carreras se caracterizan por un proceso creciente de integración a través de una rápida escalada universitaria. Ambos, en medida y con acentos diversos, han laboriosamente buscado una alternativa propia al tradicional concepto de "clase". Williams habla de "diferencias humanas" entre personas reales y comunidades reales que viven cada una en su propio y válido modo diferente. Hoggart por su cuenta, insiste continuamente sobre el carácter no clasi-sista que la sociedad inglesa tiende a asumir a través de la influencia de los medios de comunicación de masas, y también de sí "la estratificación mantiene a los clientes potenciales en grupos separados". Se diría que estos "hijos del pueblo", ahora ya emancipados culturalmente y anexos al "establishment" académico, sufren de un irrefrenable "complejo de clase". Williams escribe, por ejemplo, en "The Long Revolution", que el deseo de rechazar el concepto de clase es "un signo acepcionalmente válido de crecimiento y de madurez"; y Hoggart que amenudo se queda en detalles autobiográficos y personales, habla de cómo su origen obrero lo hace sentirse "inseguro y ansioso de justificarse". Siente en suma la necesidad constante de adecuarse al mundo que lo ha sacado "de las calles de Hunslet" para transformarlo en un profesor respetable y en un director general de la UNESCO.

Este tipo de intelectual ex-proletario (existen también novelistas y dramaturgos que salieron a la luz en estos años, los cuales tienen el mismo origen) ha de todas maneras contribuido, a pesar de todo, a discutir de nuevo el tradicional sistema cultural de Inglaterra en tiempos recientes, y por esto mismo sus contradicciones y sus límites deben ser objeto de estudio. Al contrario de los Beatles, por ejemplo, los protagonistas de la "nueva ciencia social" hablan esencialmente a la burguesía y al establishment, sin incidir de ma-

nera relevante sobre las estructuras de este último. La "nueva canción" a su vez ha regresado allí de donde provenía, modificando el gusto y la sensibilidad musical, ennobleciendo el lenguaje convencional de la pop music y poniéndose verdaderamente como alternativa ante la total degradación "comercial" de las masas. Se podría afirmar, además, que desde el punto de vista cultural los Beatles han representado un fenómeno mucho más valiente, que el de los "críticos sociales", también en el plano del constante mejoramiento formal de su producción. Al menos, hasta cuando, no perdieron el contacto con sus propias raíces sociales: y después ha quedado de todas maneras su herencia.

Apte los escritos de Hoggart más recientes, a su vez, nosotros observamos —al contrario de cuanto sucede con su *Uses of Literacy*— que ellos tienden cada vez más ha empaldecirse en peroratas genéricas, apenas coloradas por lo que nosotros hemos definido su "complejo de clase". Todavía mayores perplejidades generaron aquellos ensayos que vienen presentados como ejemplos de "sociología de la literatura". Omitiendo el discurso sobre las dos "historias sociales" de Williams (al cual John Gross preconiza una influencia más duradera que la que tuvieron los marxistas ingleses de los años 30) se puede observar que el modo en el cual Hoggart se acerca a los textos y a los fenómenos literarios es más de tipo crítico que sociológico. Los orígenes de actividad de ambos autores es en el fondo, cuando hacen crítica literaria, su máxima preocupación cuando se ponen delante de la "obra de arte". En el caso de Hoggart se puede ver, además, una discrepancia notable entre sus afirmaciones metodológicas y sus aplicaciones prácticas.

En el segundo volumen de su última colección Hoggart afirma en un cierto punto que una "sociología cultural" (para usar el término que él prefiere) debería ocuparse de los orígenes de los artistas y de sus ganancias, de los distintos niveles del público y de la cuestión del "lector común", de los canales a través de los cuales operan los "creadores de opinión", de las organizaciones editoriales y de todas las complejas "interrelaciones" entre los escritores y su público. Muchos buenos propósitos, pero cuando él afronta

autores como Auden, Orwell o Samuel Butler los olvida inmediatamente. Al contrario sugiere un acercamiento a los "estudios culturales contemporáneos" a la manera de los "precursores" como Mr. y Mrs. Leavis.

¿Cómo puede entonces, conciliarse la crítica del grupo de Scrutiny con una intensificación del estudio de las "artes populares y de masas"? ¿Y cómo puede coexistir el rechazo de los prejuicios necesarios para el estudio de la cultura popular con la idea de que "las cosas no serán nunca más las mismas de antes después que se ha leído —verdaderamente leído— un buen libro"?

En realidad al sociólogo Hoggart interesan sólo los "buenos" libros, y la misma cosa se puede decir de Williams. Su último curso sobre la novela inglesa parece casi un apéndice a la "gran tradición" de Leavis, después de un exordio tomado totalmente de la introducción de la *American Renaissance* de Matthiessen. En cuanto a la relación que estos libros tienen con la sociedad, si Hoggart no se preocupa directamente, Williams a su vez la reduce a una simple y "milagrosa" coincidencia. Concluyendo su discurso sobre la novela él, de hecho, disocia drásticamente a los novelistas de los cuales se ha ocupado, de la sociedad que los ha producido: regresándolos al área de la expresión "privada" en el cuadro de una "comunidad" con los contornos vagos y fluidos —privada, justamente, de cualquier distinción y característica de clase— así como Hoggart se preocupa, en *Literature and Society* de las cualidades "intrínsecas y peculiares" de la literatura que necesita un "buen" lector. Para Hoggart, de hecho, la literatura es una "crítica de la vida que a su vez debe ser juzgada. Y podemos comprender esta crítica y juzgarla sólo sí, en primer lugar y en un cierto sentido, alejamos antes que todo nuestra voluntad y volvemos la mirada a la literatura en sí misma, como un objeto autónomo, dejando que ella funcione a su manera".

Las relaciones entre la literatura y la sociedad desaparecen, por ese motivo, en un tipo de lectura que presupone la disolución preliminar de la relación

misma y de la idea que ella puede en algún modo constituir, también inconscientemente, el cordón umbilical que une los vértices del triángulo sociológico productor-producto-consumidor.

Los "sociolizers", han estado en un equívoco y su concepción de la cultura se ha modificado tan lentamente que, paso a paso, llegaron, fatigosamente, desde el fundo obrero de su infancia a la cúspide del Jesús College de Cambridge o de la Dirección General de la UNESCO. El libro reciente de John Gross confirma involuntariamente el diagnóstico cuando descubrimos que no se trata de un "requiem" para el viejo establishment en el nombre de una nueva relación entre cultura y sociedad (como habría dicho Williams), sino de la toma de conciencia que después del "Rise and Fall" particular del establishment que ha dominado la vida cultural inglesa desde el fin del siglo XVIII, Gross puede finalmente celebrar el renacimiento del "nuevo hombre de letras" de la era post-industrial anunciado por el crítico social Raymond Williams. De quien podemos decir, que, después de infiltrarse en los tradicionales centros de poder, ha demostrado poder quedarse allí adecuadamente sin ninguna razón de sangre o de tradición.

La "cultura", entonces, regresa a la Universidad propiamente dicha, gracias a aquellos que parecía tenían la intención y el mérito de reintegrarla en un contexto social más vasto. Por fin, en un raptus autobiográfico, Hoggart mismo nos hace recordar que cuando pudo ir finalmente a la escuela de los ricos, la experiencia que tuvo le dió "un mundo en el cual vivir". Es de ese mundo que él habla hoy; y cuando vuelve atrás a recordar lo que ha dejado a sus espaldas, su voz se hace trémula y patética, porque, en el fondo, tiene miedo de "ser excluido y rechazado".

Gianfranco Corsini

